

flicto fuera del Estado. En Julliard, la política es reenviada al Estado.

c) A partir de entonces, y ante la necesidad bien planteada de una "limitación de la representación en beneficio de la gestión directa", la solución no puede ser buscada en una limitación en acto, en un proceso de limitación que consistiría en la articulación conflictual y siempre cambiante entre los organismos de "gestión directa" y los organismos representativos, sino en un límite (en el sentido de la expresión "limitar las depredaciones") del papel del Estado, unidad posible a través de medidas reformadoras de desprofesionalización.

Traducción de Liliana de Riz.

El nuevo príncipe

Umberto Cerroni, *Teoría del partido político*, Editori Riuniti, 1979, 102 pp.

Producto de un seminario sobre teoría política del socialismo, que se llevó a cabo en Todi, provincia de Perugia, en 1975, este trabajo está determinado por una preocupación substancial: la necesidad de la democracia. Con esta necesidad en mente Cerroni afronta los problemas del partido político moderno y apunta las tareas más urgentes que a éste corresponde implementar, sobre todo en el ámbito de las democracias occidentales.

La premisa que sustenta la elaboración del autor es que para comprender el partido político moderno debe estudiarse el origen de aquellos partidos que se reclaman a los ideales socialistas. Las organizaciones partidarias modernas se distinguen por dos características esenciales: un programa lo suficientemente ar-

ticulado como para ser sancionado por escrito y un mecanismo organizativo estable. Son los partidos socialistas quienes conjugan por primera vez, en la historia de la lucha política, ambas características. Con este punto de vista, Cerroni propone al partido del socialismo como "un prototipo histórico-teórico" y señala la necesidad de analizar su génesis y desarrollo para poder explicarnos tanto el nacimiento del partido político moderno, como los problemas de la democracia política en general.

Ahora bien, la emergencia de los partidos socialistas se encuentra ligada indisolublemente al movimiento obrero. En la fundación de dichos partidos podemos leer la conclusión de un largo proceso de luchas obreras y también el proyecto de una clase para cambiar los mecanismos de la sociedad. En este sentido, y siguiendo los postulados de la teoría política expuesta por Antonio Gramsci, Cerroni enfatiza que es ineludible una rápida incursión en la historia del movimiento obrero, la cual no es otra cosa que la prehistoria social del partido del proletariado. El autor distingue tres etapas en el desarrollo organizativo del movimiento obrero: la fase "pre-política", una segunda que llama "fase política intrauterina" y la tercera que designa con el nombre de "fase política extrauterina o estatal". La primera corresponde al momento en que el proletariado moderno reconoce la necesidad de unirse con el fin de defenderse como clase. Prevalecen los intereses económicos y el contenido corporativista. La segunda rebasa estos intereses y comienza a penetrar lo que Cerroni llama "horizonte político de la convivencia estatal"; aquí nace el partido político del proletariado, sin embargo, éste "expresa una política que es todavía la política de un sujeto subal-

terno con respecto al Estado". El partido delinea claramente su oposición al Estado, pero permanece como *parte*, aún no se propone como un *todo*. En otras palabras, el partido es aún expresión exclusiva de la clase, carece de la posibilidad de instrumentar directivas generales: dirige los miembros de la clase, pero es incapaz de convertirse en un "fundador de Estados", "no es el real antagonista del Estado en la dirección de la sociedad". Esta capacidad, el partido proletario la adquiere sólo en la tercera etapa cuando, señala Cerroni, la clase obrera dispone de los elementos necesarios para instrumentar la dirección hegemónica de toda la sociedad y no nada más de los integrantes de la clase. El partido, entonces, denuncia la parcialidad del Estado y se propone "no como otra *parte*, sino como una *parte-todo*"; advierte la necesidad de sustituir por entero el Estado burgués y elabora una perspectiva que no responde únicamente a los intereses de la clase obrera, sino a la mediación de los intereses generales del desarrollo futuro de la organización social y política.

Es en este sentido que el partido puede definirse como "embrión de una estructura estatal" (Gramsci) y es entonces que el partido proletario alcanza el punto máximo de su desarrollo porque "propone un modelo de reorganización general de la sociedad, del Estado, de la humanidad entera", en base a una específica concepción del mundo.

La hegemonía del partido proletario así concebida, se vincula estrechamente con dos asuntos que aparecen como piedra de toque de la democracia moderna y que ocupan, ambos, un lugar especial en el discurso de Cerroni. Nos referimos al tema de la relación entre política, cultura y cien-

cia y a la problemática democracia-transformación social.

El partido es realmente hegemónico cuando puede ofrecer una perspectiva de transformación social que sintetice e incorpore el pasado, enraice en el presente y prepare el futuro con base en un conocimiento concreto de la realidad en que opera. De ahí, el imperativo de la contribución científica y cultural; de otro modo, se perfila el riesgo de caer en dogmatismos y en esquemas doctrinarios que avalan programas petrificados. De ahí también el imperativo, enfatiza Cerroni, de una "autonomía no separada" de la ciencia y la cultura con respecto a la actividad política.

Por otra parte, la hegemonía —expresada en la posibilidad de anticipar un nuevo Estado— es tal, si el partido dispone de la capacidad de "dirigir sin comandar", de "hacer obedecer sin recurrir a la coacción". En este punto, Cerroni recupera el planteamiento gramsciano sobre la composición dual de la política, es decir, de la política como práctica que combina la fuerza y el consenso y se interroga sobre el papel que ambos elementos deben jugar en la construcción de un nuevo Estado. Para Cerroni, esta última es una tarea a realizar en función del consenso. Más explícitamente, la transformación social no debe limitar la democracia política. Frente a la democracia y la soberanía popular, todos los partidos, aun los más reaccionarios, deben redefinirse cotidianamente, apunta Cerroni. Sin embargo, para el partido del proletariado el asunto de la democracia adquiere un significado especial: es éste el partido cuyo origen y desarrollo se vinculan en forma estrecha a la lucha por la democracia política. Por lo tanto, su labor fundamental en la actualidad, es construir una estrategia que conduzca a un-

socialismo "capaz de mantener en vida aquello que el movimiento socialista, en sus orígenes, demandó y obtuvo". Según Cerroni, como resultado del comando político ejercido por la Unión Soviética, en los partidos proletarios modernos se ha venido operando una reducción de la problemática teórico-política a una problemática exclusivamente económico-social, lo cual ha llevado a exaltar la democracia social en detrimento neto de los mecanismos de la democracia política. Sin embargo, agrega, puede observarse, en los últimos años, el inicio de un lento proceso de recuperación de los niveles políticos y culturales. En este proceso, el aporte teórico de Gramsci ha jugado un papel central.

Siguiendo el mismo hilo teórico, Cerroni se plantea en un segundo momento, el problema de la relación entre masas y cuadros en el interior del partido proletario. Su preocupación a este respecto parte de la constatación de ciertas "enfermedades" que padecen los partidos políticos modernos, y no sólo el del socialismo. Tales enfermedades se resumen en un solo mal generalizado: el burocratismo. Cerroni considera que el origen del mal no radica en la forma organizativa del partido. Tanto aquéllos en donde predominan las corrientes, como los llamados monolíticos, los que acuden a la célula o los que se disponen en secciones, pueden padecer la burocratización. Lo que hay que revisar es, más bien, si existe una correspondencia adecuada entre el programa y la masa a la que el partido se dirige y si esta correspondencia se extiende también a la máquina organizativa. Esta última, señala el autor, debe funcionar como un programa viviente. Para el partido proletario esto significa orientar su máquina organizativa a la transformación de la sociedad, del Estado y del mundo;

el tema fundamental de su función no puede ser la caza de votos, ni aún la toma del poder reducida a sí misma. Cerroni enfatiza: "el esquema organizativo incluye un programa político y éste incluye una 'filosofía'".

Desde este punto de vista, la discusión en torno a la relación masa-cuadros no puede prescindir de la referencia a lo que Gramsci llamara problema capital de la política: "la separación entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, ¿debe durar al infinito?" Si la respuesta es positiva, entonces el partido que la da no puede cancelar en su interior tal dualidad. No es el caso (o al menos no debiera ser) del partido proletario que aspira a una transformación definitiva de los mecanismos de poder de la sociedad. De acuerdo con Cerroni, el partido moderno del proletariado, sobre todo los que operan en las democracias occidentales avanzadas, pero también los que actúan en el espacio del llamado Tercer Mundo tienen que realizar una tarea programático-organizativa esencial: darse cuadros para elaborar ideas y conquistar las masas, darse una masa para elaborar cuadros e ideas. Así planteando el problema, carece de interés la polémica sobre el partido como parte o como vanguardia de las masas. Fue Gramsci —y Cerroni lo recupera— quien visualizó que el partido *debe ser* las dos cosas, parte y vanguardia de la clase. Gramsci lo define un "partido-filtro", que está en el límite de la sociedad y de la clase, una suerte de bomba que aspira y presiona en las dos direcciones. Este partido, que Cerroni llama de tipo gramsciano, "dispone de cuadros que quieren convertir en cuadros a la masa y una masa que aspira a convertirse en cuadros". Se trata, en definitiva, de un modelo implantado no nada más sobre un mero

esquema organizativo, sino apoyado por la idea de que es posible suprimir la división entre gobernantes y gobernados, entre intelectuales y simples, entre quien piensa y quien trabaja. Nuevamente en este punto, Cerroni hace hincapié en la cultura y la democracia política como elementos fundamentales en la vida del partido moderno del socialismo.

La democracia reaparece como tema central en la última parte del trabajo, cuando Cerroni plantea la alternativa de desarrollo para el Estado moderno: o la autodirección democrática y responsable o el autoritarismo burocrático. El autor repasa el funcionamiento institucional del Estado representativo en la actualidad y delinea un cuadro general que, en verdad, no podemos calificar de entusiasmante. Las tendencias, cada día más acentuadas, en las instituciones modernas son aquellas que conducen a una especie de reproducción del esquema del absolutismo iluminado. La voluntad popular es un punto de paso de la decisión política y no un punto de partida, lo cual, unido a la autonomización creciente de la clase política, provoca un fenómeno de apatía generalizada en las masas. Los partidos, por su parte, aun los del socialismo, se han convertido en "instrumentos de captura del consenso en torno a la élite del poder". Pero, a pesar de todo, Cerroni es optimista y considera que la democracia política contiene en sí misma una gran potencialidad, cuyo actual vacío se debe a "la ausencia de una guía hegemónica alternativa

capaz de modificar la relación entre élite política y sociedad, entre política y economía, entre instituciones y pueblo". En este sentido, el problema de la conservación y desarrollo de la democracia moderna debe ser examinado en relación al nivel teórico-político de los partidos y, en particular, de los partidos socialistas, ya que éstos son portadores de instancias igualitarias capaces de ensanchar los mecanismos elitistas del Estado puramente representativo, generado por la sociedad capitalista moderna. Cerroni extiende el reclamo a todos los partidos, pues es su convicción que sólo el pluralismo político garantiza la construcción de una sociedad y un Estado diversos que puedan desarrollarse en la libertad política. De frente a la ascensión del autoritarismo, las tareas de la democracia corresponden a todos, aunque es el partido (o los partidos) del socialismo quien, dados su origen y la naturaleza de sus demandas, tiene mayores posibilidades de realizarlas, y también mayores exigencias para hacerlo.

El trabajo en su conjunto tiene el valor de discutir uno de los temas políticos hoy por hoy más relevantes, apoyado por un rigor intelectual y una experiencia práctica que, conjugados, conducen a una exposición clara y sintética de los problemas principales que deben enfrentar y resolver, cada uno a su manera, los partidos políticos modernos.

Ledda Arguedas.